

CIVILIZACION O SUBVERSION: LO QUE ESTA
EN JUEGO (*)

POR

MARIO CÉSAR.

Mi Teniente: Su carta obliga nuestro reconocimiento por la atención que ha tenido a bien prestar a lo que constituye el fundamento de nuestra acción: saber que el hombre no se ha hecho solo, al azar de mutaciones biológicas o de transformaciones económicas, sino que ha sido creado por Dios. Que, en consecuencia (1), se encuentra sometido a leyes y a un orden que debe observar y al que debe conformar tanto sus actos individuales como sus relaciones con sus semejantes, *a un orden objetivo, eterno, trascendente e inmanente a la vez y cuyo respeto constituye el criterio objetivo de la moral.*

El Orden Divino (por su fuente) es el orden impuesto por Dios Creador a todas las criaturas en general. Y como ese "plan de Dios" se aplica, especialmente, al mundo en que vivimos, el "Orden del Mundo" (por su aplicación) se capta más particularmente a través

(*) Reproducimos de nuestra homónima argentina VERBO, núm. 157, de Buenos Aires, esta carta de palpable interés formativo.

(1) En virtud del principio según el cual un ser de cualquier naturaleza está sometido a las leyes que han presidido su formación. Si el hombre fuera el fruto de transformaciones económicas, a las leyes económicas y sólo a ellas debería conformarse: presidirían su destino así como han dominado sobre su formación. El marxismo es, al respecto, lo más coherente con relación al materialismo. Por el contrario, habiendo sido el hombre creado por Dios, las leyes de su naturaleza son las que Dios le ha señalado. No puede transgredirlas sin perder de algún modo su naturaleza de hombre.

de las leyes instituidas por Dios para este mundo: el número de las leyes naturales que rigen este conjunto de naturalezas creadas que constituyen más particularmente el mundo.

No se trata, pues, de *un orden más o menos "establecido"* en el mundo o en alguna de sus partes, sino de aquel al que debe conformarse el mundo. Y el mundo permanece sumiso a él allí donde "la utopía malsana, la rebelión o la impiedad" no han llegado. Pero con frecuencia se encuentra perturbado y hasta desfigurado: a "instaurarlo y a restaurarlo sin cesar" deben aplicarse los hombres de buena voluntad y las comunidades —religiosas y civiles— a las que pertenecen. De ese orden del mundo habla S. S. Pío XII en el discurso que usted recuerda y que nosotros mismos hemos citado tantas veces (2).

También hemos hablado del "Orden Humano" como de uno de los aspectos de ese Orden del mundo y quisiéramos señalar las leyes que Dios, al crearlo, asignó más particularmente a la naturaleza humana: *Plan de Dios con respecto al hombre*, incluido totalmente en la siguiente frase de San Ignacio de la que León XIII decía que *su meditación bastaría para resolver la cuestión social*: "El hombre ha sido creado para alabar, honrar y servir a Dios Nuestro Señor y, por ese medio, salvar su alma; y todas las cosas que están sobre la tierra han sido creadas a causa del hombre para ayudarlo en la consecución del fin que Dios le ha señalado al crearlo ...".

El orden humano es el hombre creado por Dios y por lo tanto dependiente de aquello que sin él es ya real, la verdad, frente a la cual no hay libertad para pronunciarse en falso. Es también "el fin último" del hombre, que es la posesión o la privación de Dios —su fin natural y sobrenatural— según que el orden natural —y sobrenatural— haya sido seguido o rechazado. Son, en fin, todas las cosas de este mundo dadas al hombre para que se sirva de ellas conforme a ese orden —conforme a su naturaleza y a la de ellas—, y no de otra manera.

El Orden divino, el Orden del mundo, el Orden humano, todo

(2) El texto del discurso de Navidad de 1957 es el que podría invocarse aquí. Lo confirmarán nuestras citas ulteriores.

ese conjunto es el que expresa San Pablo: "Todo es para vosotros, pero vosotros pertenecéis a Jesucristo" ...

Ahora bien, usted dice que "podría hacerse una asimilación entre el Orden divino y la civilización occidental". Después de lo que hemos dicho acerca del Orden divino y de lo que vamos a decir de la civilización, no deberá subsistir ningún equívoco.

En primer lugar, el término mismo "civilización occidental" prácticamente nos desagrada y nos rehusamos a emplearlo (3). No sólo por haber sido en nuestro país usado frecuentemente para cubrir intereses bastardos o fórmulas políticas sumamente discutibles, sino por una razón más honda y universal. En efecto, hablar de una civilización "occidental" es admitir que podría existir otra que no fuera occidental y que se opondría a ella. Es plantear ya el problema en términos dialécticos y preparar los espíritus para el "materialismo dialéctico" al aceptar sus premisas. Inmediatamente, porque el corazón y el espíritu del hombre nunca pierden totalmente su innata ligazón a un orden único, es buscar la "síntesis" entre la "tesis" y la "antítesis". Es, pues, desde ese momento obligarse a destruir esta civilización "occidental" por medio de otra que no lo es, con el fin de que, a través de su lucha recíproca, surja una tercera "civilización" que, sobre las ruinas de una y otra, sería bautizada con un nombre, que sin duda, no se encuentra sino en los escritos de Marx o de Lenin. Fase además efímera porque en razón de esa misma dialéctica esa nueva "tesis" suscitará por sí misma la "antítesis" cuya lucha dará a luz por destrucción ..., etc.

Pero detengámonos en esos absurdos mortíferos que nos conducen a esa "Revolución continua" cuya inspiración conocemos muy

(3) Quizá solamente por alusión al hecho de que Occidente actualmente defiende ciertos «valores fundamentales» que son fruto de la Civilización. «Situación singular» dice Pío XII, la que le ocurre en Occidente a hombres «que ocupan cargos públicos» y que, «aunque carezcan de sentido religioso, quieren y deben, en pro del bien común, defender valores fundamentales que solo encuentran consistencia en la religión y en Dios» (Discurso de Navidad de 1956). Luego, es un hecho, esos valores fundamentales de los que habla el Papa han sido puestos de relieve en Occidente por efecto de la Civilización.

bien, olas con amargo sabor a mazdeísmo y a maniqueísmo renovados a través de una apariencia "científica" (4) y que darían valor de ser a lo que es el no-ser, valor de Orden a lo que es subversión del orden, valor de civilización a lo que no es sino Revolución.

Porque aún hay cosas que no hemos dicho y que queremos decir aquí: y es que existe una antinomia radical, esencial dirían los metafísicos, entre la Civilización y la Subversión. La primera trata de construir, de realizar por los hombres y para los hombres, mientras que el objeto fijo, confesado y sistemático de la segunda es destruir, si es posible de arriba a abajo, por los hombres y contra los hombres. Así como la Civilización constituye, al menos prácticamente, un homenaje al Orden divino al que tiene por objeto instaurar a través de sus propias vías, la Subversión profesa un ateísmo al menos práctico por el odio que confiesa a ese Orden divino en el mundo.

Porque si nos engañamos gravemente al percibir en la Subversión sólo las perturbaciones más o menos violentas que suscita frecuentemente —y que para ella no son sino "etapas tácticas"— igual haríamos si abusáramos de las palabras y redujéramos la Civilización a ese conjunto de costumbres actuales que no fueron las de ayer y cuya suerte futura es incierta; usos respetados aquí y, sin embargo, ignorados más allá (5). Cada una de esas costumbres, prácticas, hábitos de vida, modas del pensamiento o concepciones acerca de las cosas, son más o menos conformes al orden divino; son más o menos aptas para desarrollar a los hombres que de ellas se benefician, para orientarlos a su destino natural —y sobrena-

(4) Apariencia pasada de moda, es cierto, desde el tiempo en que «el enemigo de la naturaleza humana» hizo un púlpito del «árbol de la ciencia». Sabemos lo que le ha costado al género humano: para dejarnos aún engañar por ese trabajo «científico», ¿deberemos ver multiplicarse las operaciones «científicas», también ellas llamadas Dachau y Katjyn, convento de las Carmelitas, y pontones de Nantes, Budapest y Meluza?

(5) Si nos ceñimos a la definición de la palabra «integrismo» dada por el Cardenal Suhard, efectivamente existe un error al «confundir la integridad de la doctrina con la conservación de su revestimiento pasajero». Cualquier tendencia a tomar como orden divino tales usos, tal forma de gobierno o tal estado del movimiento social, sería una señal de integrismo.

tural— (6) y a hacerles más fácil (7) la “consecución del fin que Dios les ha señalado al crearlos”. En una palabra, son más o menos “civilizados”, pero no son la Civilización.

La Civilización, con artículo y C mayúscula, es la acción ejercida por la ciudad conforme a su objeto (8). Y como la ciudad tiene por objeto facilitar a sus miembros el conocimiento y el respeto al orden natural y aun eventualmente sobrenatural, la Civilización es la acción ejercida por la ciudad con miras a que la ley natural se manifieste y sea más fácil de observar. No es, pues, un “orden establecido”, un cierto estado que habría sido, sería o debería ser realizado un día en todo o en parte del mundo. Es una acción, una acción de la ciudad, con miras a un cierto fin, el fin por excelencia de la ciudad, es decir, la perfección de sus miembros: por esto la Civilización es la acción por excelencia de la ciudad, al punto de ser casi sinónimo de perfección de la ciudad.

Elegiremos un punto de aplicación: la educación de los hijos, complemento necesario de su procreación, que por derecho natural es tarea de sus padres. Civilizada será, pues, la ciudad que actúe de tal suerte que esta ley sea reconocida y también lo más fácil posible de observar; la que, por esta razón reconozca a los padres la libertad y el poder efectivo de confiar a sus hijos a la escuela de su elección. Toda negación de esta ley natural, cualquier restricción de su aplicación constituye lo contrario de la Civilización: un re-

(6) Un bien sobrenatural se concibe como un perfeccionamiento de orden divino, injertado en el bien natural al que sobrepasa sin medida. De suerte que el hombre no puede realizar su fin sobrenatural que es Dios sobrenaturalmente conocido y amado, sin perseguir al mismo tiempo y como si fuera previo, su fin natural que es Dios naturalmente conocido en su obra, y respetando esta obra mediante la sumisión a las leyes naturales.

(7) Cf. esta definición significativa del Papa León XIII: «La libertad consiste en que, por el recurso de las leyes civiles (es decir, en general por las instituciones, las costumbres ..., etc.), podamos más cómodamente vivir según las prescripciones de la ley eterna».

(8) La palabra «civilización», etimológicamente, está formada por las palabras «civitas» (ciudad) y por el sufijo «acción» que señala la operación, la acción, como en las palabras «colonización» (acción de la colonia); «Evangélización» (acción del Evangelio, etc.).

torno a la barbarie, como lo hiciera notar Pío XII: "Se puede afirmar sin temor: el lugar "que un país reserva a la escuela privada —es decir, a la escuela que no está manejada por el Estado— refleja muy exactamente el nivel de vida espiritual y cultural de ese país" (9).

Igualmente calificamos con justicia de civilizado al Código Penal que, como la mayor parte de los que están en uso en Occidente, interpreta el contenido del Decálogo. Pero si, contrariamente al Décimo Mandamiento, una nación inscribe en sus leyes que la "propiedad es el robo", notaremos, en este punto al menos, un retroceso de la civilización.

Otro caso: Dios ha instituido el matrimonio indisoluble. Ese es el orden. La acción de la ciudad que tienda a hacer conocer y respetar ese orden será Civilización. Por el contrario, la institución del divorcio o la indulgencia frente a la licencia, es retornar a la barbarie, sin que ningún pretexto, de tipo artístico por ejemplo, salve a la Civilización comprometida. Cuando los legisladores introdujeron en los códigos el divorcio, puede decirse que la acción de la ciudad con miras a hacer respetar en ese dominio el orden natural y divino, cesó: esta es una falta contra la civilización. Y si aún hay en el mundo, en esta materia, hombres "civilizados", se debe a que todavía se benefician con los efectos de la acción civilizadora anterior o del apoyo de un "consentimiento general" que no ha desaparecido completamente y que también es un elemento de la ciudad, una voz por medio de la que a veces actúa con y contra sus instituciones legales. A menos que ese respeto del orden divino que ya no mantiene la ciudad sea obtenido por acción de la Iglesia, es decir, por la Evangelización.

Porque, y lo demostrará claramente el siguiente ejemplo, la acción de la ciudad y la acción de la Iglesia convergen. Esta apunta más alto y más profundo en razón de que manifiesta no solamente el orden natural sino también el sobrenatural. Con frecuencia la Evangelización precede a la Civilización —y la historia demuestra

(9) A los miembros del Primer Congreso Internacional de Escuelas Privadas.

que después de Cristo, en efecto, nunca ha ocurrido de otra manera— y la Civilización no es llevada a un alto grado sino por la Evangelización. Todo lo que debe conseguir la ciudad ha sido tenido en vista por la Iglesia, y la Civilización y Evangelización no pueden, prácticamente, marchar una sin la otra. Así como le es prácticamente imposible a la ciudad fundar su acción sobre el orden natural si éste no le es indicado por el magisterio infalible de la Iglesia, es también prácticamente imposible evangelizar profundamente a los miembros de una ciudad cuya acción se opone al orden natural. Además, ¿el Evangelio no se dirige tanto a las ciudades como a los individuos? De manera que no es posible evangelizar a los hombres sin llevar igualmente a sus ciudades a conformarse al orden natural. Falso sería el evangelio que pretendiera dejar sumergirse a las ciudades “irresistiblemente” en la revolución para consagrarse solamente a salvar las almas: tal fue el de Lutero y el de algunos otros.

Evidentemente, no obstante, la Civilización y la Evangelización no se confunden.

La Evangelización es la acción propia de la Iglesia —del Papa, de los Obispos y de los pastores en unión con el Papa—; la Civilización es la acción propia de la ciudad, de aquellos que presiden sus instituciones y de todos los que de alguna manera colaboran en la cosa pública.

La Evangelización se efectúa a través de enseñanza apostólica, de la celebración del culto, de la oración y los sacramentos, de la lucha contra los espíritus infernales, de la distribución de las indulgencias y, subsidiariamente, a través de obras temporales de misericordia; mientras que la Civilización es realizada por el poder civil a través del ejercicio de la justicia, de la promulgación de leyes positivas conformes al orden natural, de la lucha contra las fuerzas que subvierten ese orden querido por Dios y nunca totalmente seguido por los hombres, nunca totalmente “establecido”. Por esto siempre es necesaria la acción que “lo instaure y restaure sin cesar”. Cuando esta acción es ejercida por la ciudad se llama Civilización.

Y porque está especificada por su objeto —que es hacer conocer y observar el plan divino por los medios que le son propios—,

porque Dios, que no cambia y que se burla de las "revoluciones técnicas", tiene un solo plan, una sola ley, la misma Civilización es única en su esencia. Podrán variar sus manifestaciones como varían los idiomas en la expresión de una misma verdad. Los hábitos que suscita, las costumbres que crea o deshace, los modos de vida que instaura y transforma, no son ella misma (10); no son sino realizaciones más o menos perfectas según los hombres, los tiempos y los lugares en los que ella se ejerce, los recursos de los que dispone, según también la docilidad que encuentra a los obstáculos que le opone "la utopía malsana, la rebelión o la impiedad".

De esta civilización única quería hablar San Pío X cuando escribía: "¡No! Es preciso recordarlo fuertemente en estos tiempos de anarquía social e intelectual en que cada cual se ubica en doctor y en legislador ...: no se construirá la ciudad de otra manera que como Dios la ha construido ... ¡No! La civilización no está por inventarse, ni la ciudad nueva por construirse en las nubes. Ella ha sido, ella es: la Civilización Cristiana, la Ciudad Católica. No se trata sino de instaurar y restaurar sin cesar sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques siempre renacientes de la utopía malsana, de la rebelión y de la impiedad ...".

Esos ataques siempre renacientes contra la acción que debe efectuar la ciudad en favor del orden divino, esos ataques, desde hace mucho tiempo provienen de la Subversión. Hemos demostrado que, por sus fines, ésta se opone diametralmente a esa acción. No tiene otra mira sino destruir —no a la manera de los anarquistas, sino "científicamente"— todo lo que pueda ser una aplicación del orden natural y divino en el mundo. Su propósito es —al haber rechaza-

(10) ¿No bendice la Iglesia a todas las civilizaciones? Antes de responder a esta pregunta es necesario precisar el sentido de la palabra empleada. Si se entiende por civilización a los componentes accidentales de la vida social (idiomas, costumbres, régimen político, elementos estéticos, etc.), es evidente que el catolicismo no puede ligarse a ninguno de esos elementos ni rechazarlos *a priori*. Pero si con esa palabra se caracteriza *al conjunto de los principios que rigen la vida de las colectividades y que crean así un clima favorable u hostil al cristianismo*, la fe no puede acomodarse a todas las «civilizaciones» (Monseñor Rupp, en *La France catholique*, 17 de febrero de 1956).

do toda noción acerca de un orden objetivo— refundar la sociedad a partir de veredictos subjetivos del hombre (11), o de los hombres en masa. “Utopía malsana” que no podía obtener crédito a no ser inventando la teoría dialéctica de la identidad de los contradictorios y de la “Revolución continua”, porque era preciso trastocar hasta los “principios rectores del conocimiento” y suprimir a la vez la idea de ser y la idea de fin para dar apariencia coherente a una sociedad en la que el orden natural estaría totalmente ausente.

Oposición radical, pues, entre la Subversión y la Civilización.

La Civilización tiende a promover, desarrollar y defender los “valores fundamentales” de los que habla Pío XII en su Discurso de Navidad de 1956, que sería preciso citar aquí casi enteramente: “Valores humanos porque el hombre los realiza y de ellos saca ventaja, pero también valores religiosos y divinos si consideramos su fuente”. Ellos son, en primer lugar, el conocimiento de la verdad, de la naturaleza de las cosas, a través de la metafísica, la ontología, obras propias de la Civilización. Son bienes sociales la familia protegida, las comunidades naturales florecientes y el orden en el seno del Estado. Lo son los progresos de las artes y de la técnica por el sano uso de los productos de la naturaleza y de las leyes que los rigen. Puede decirse que la Civilización se reconoce en el hecho de que no hay un dominio de la actividad de los hombres que escape a sus efectos benéficos y que su intervención en un punto no perjudica al desarrollo de sus frutos, además, en todas partes.

Consideremos, por ejemplo, el antiguo Egipto. No es comprensible una Civilización que encierre su ciencia en sus pirámides, porque, precisamente, la verdadera Civilización no hubiera encerrado ese conocimiento sino que hubiera extraído de él beneficios aplicables a todos los dominios de la vida. Y no hubiera sacrificado la vida de millones de esclavos para realizar sus construcciones archi-

(11) Es comprensible que contra la Subversión no podamos admitir que «el verdadero punto de partida de una ética totalmente humana y universal sea el sentir de la persona humana». El hombre no puede ser a la vez el sujeto y el criterio de la moral. Nunca podrá la Iglesia contentarse con una noción tan subjetiva.

tectónicas. (¿No habría que hacer la misma observación con respecto a ciertos satélites artificiales?).

¿Y el Islam? ¿No fue el primero en leer y en dar noticias de Aristóteles? ¿Y sus palacios y su arte y sus dinastías poderosas? Le reconocemos todo eso que nadie podría poner en tela de juicio. ¡Pero qué miseria en la sociedad! Las mujeres reducidas durante siglos a la condición de bestias de carga; la más completa esterilidad en los cultivos y aun en la industria, salvo el caso de algunos artesanados.

Consideremos, por el contrario, la Civilización cristiana en cualquier parte donde haya extendido su acción. Veremos que no hay un solo dominio donde no haya producido los frutos más perfectos. Podría haber sido más rica, más grande o poderosa en algún terreno determinado, pero hubiera sido en detrimento de todo el resto. La verdadera Civilización actúa en todas partes sin sacrificar nada y lo que aún supera a esto es que en todo establece el orden y la armonía.

La Subversión, cuya expresión más coherente es el marxismo-leninismo, al rechazar el orden objetivo que los constituye busca destruir y "desconstituir" al mayor número posible de esos bienes, de esos valores fundamentales y, sobre todo, la armonía y el orden que debe existir entre ellos. En primer lugar no les reconoce ningún valor de "bienes" para no aceptarlos como tales y, si viene al caso, solamente "valor de acción". Es decir, que los bienes de los que dispone el hombre o que produce, no son considerados por lo que son y valen en sí mismos, sino únicamente en razón de la fuerza que son susceptibles de poner en movimiento en provecho de la Subversión. En consecuencia, esos bienes, en tanto sea posible, deberán ser destruidos como tales y sólo serán conservados en la medida en que sirvan a la expansión de la Subversión y no por mucho tiempo. El mismo hombre no escapa a esta ley. Por eso, aquel que no es "recuperable" para servir a la causa revolucionaria; aquel que, por el contrario, demuestra ser "contrarrevolucionario", éste es más perjudicial que útil; no tiene ningún valor y lógicamente, debe ser suprimido.

Guerra, pues, a la familia, a la que se reduce en lo posible a la

pareja generadora, salvo si la desnatalidad que esto trae como consecuencia se revela en el tiempo como demasiado funesta para la expansión de la Subversión. Guerra a los cuerpos intermedios de todo tipo. Las agrupaciones en que se reunirá a los hombres serán concebidas solamente para servir a la causa revolucionaria. Guerra también al Estado cuando actúa como protector del verdadero orden. Sólo el Estado revolucionario merece ser espontáneamente "reconocido" como gobierno legítimo.

La Subversión no solamente destruye esos bienes, esos valores fundamentales. Los fuerza a destruirse a sí mismos al arruinar hasta el orden que los constituye y la armonía que debe existir entre ellos. *Mientras que la Civilización suscita y desarrolla las armonías sociales, la Subversión explota en todas partes los antagonismos sociales. Los inventa si no existen y por doquier siembra su veneno dialéctico* (12).

Antagonismo, separación entre la Iglesia y el Estado, y el vínculo social queda arruinado en su origen.

Antagonismo, oposiciones en el mismo seno de la familia, entre los esposos, entre padres e hijos, entre la escuela y la libertad de las familias, entre alumnos y profesores.

Antagonismo, oposiciones en el seno de la empresa entre capital y trabajo, entre empleadores y empleados, entre oficio y empresa.

Antagonismo, oposiciones en el seno del Estado por la separación de los poderes que se vigilan y desconfían unos de otros; oposición entre "país real" y "país legal"; oposición entre el país y

(12) Para alimentar esos antagonismos dialécticos el marxismo ha inventado la teoría de la alienación. Extrayendo las consecuencias de la noción liberal de la libertad concebida como un rechazo a todo lo que desde el exterior puede ordenar la acción del hombre, de todo aquello que, siendo distinto a él, puede imponérsele o actuar en la determinación de su comportamiento, el marxismo persigue la «desalienación» hasta llegar a la lucha, no solamente contra los cuadros sociales particularmente «ordenadores», sino también contra el principio mismo de un orden objetivo que no ha sido concebido por el hombre. En definitiva, pues, ataca al orden natural y divino para «desalienar» mejor todo lo que ese orden mantiene ordenado, jerarquizado y armonizado.

las Fuerzas Armadas; oposición entre la nación y una de sus partes, entre "integración" y "estatuto personal"; oposición entre Estados y bloques de Estados; oposición entre "civilizaciones". Por todas partes la Subversión suscita estas luchas explotando los particularismos de clase o de raza que le brindan la materia de las guerras revolucionarias (13).

La Civilización despierta y protege uno de los bienes más preciosos del hombre: su libertad para colaborar con el Orden en el mundo. La Subversión apenas si le deja, y de manera controlada, la licencia de destruir ese orden.

La Civilización, finalmente, es cristiana, al menos prácticamente: su obra es un homenaje al Soberano Ordenador, San Pío X lo afirma: "La Civilización de la humanidad es La Civilización Cristiana. Es tanto más verdadera, más duradera y más fecunda en frutos preciosos cuanto más netamente cristiana es; tanto más decadente, para mayor desgracia de la sociedad, cuanto más se sustrae a la idea cristiana" (14).

La Subversión es un ateísmo práctico, mucho más destructor que el ateísmo dogmático siempre un poco ridículo en sus demostraciones negatorias. Por esto la Iglesia no ha cesado de condenar a la Subversión. La ha condenado por revolucionaria, en consecuencia, atea, y no porque es atea bien que revolucionaria como algunos querrían hacer creer, como si su ateísmo sólo fuera un defecto accidental del que pudiera curarse. Por el contrario, precisamente por ser subversiva, no con respecto a cualquier "orden establecido" sino al orden natural y al mismo orden divino, la Iglesia la ha castigado. Peste, cáncer, monstruo espantoso, son los nombres más

(13) «Es preciso, escribe Lenin, excitar a las naciones burguesas a devorarse entre sí». ¿Existen antagonismos profundos a explotar en el mundo capitalista contemporáneo ...? La política comunista tiene como tarea práctica explotar ese conflicto excitando a los enemigos unos contra otros Es necesario transformar la guerra exterior en guerra civil. La transformación de la guerra de los pueblos en guerra civil es el único trabajo socialista ¡Abajo las tonterías sentimentales y los suspiros imbéciles después de la paz a cualquier precio! Levantemos el estandarte de la guerra civil» (*Obras completas, edición rusa, t. XXV, 592; t. XIII, 12*).

(14) Encíclica *Il fermo proposito*.

suaves que le dan los Soberanos Pontífices desde Pío VI hasta nuestro tiempo. Y cuando ella alcanza su forma total y coherente en el marxismo-leninismo, el calificativo "intrínsecamente perverso" le cuadra perfectamente, porque su perversión no es accidental y como surgida de un defecto del que se la podría curar, sino porque es totalmente el rechazo al orden objetivo del que el hombre no es autor, y porque lo sustituye, a título de regla de conducta, por los juicios subjetivos del hombre. Y esto es el mal mismo, el pecado.

Pío XII, al renovar la orden dada a las personas individuales de no mantener ningún trato con la Subversión, le atribuye un nombre que el mismo Jesucristo y la Tradición reservan para Satanás: "El enemigo del género humano" a la vez "uno e innumerable" (15).

Por el contrario, el recordado Pontífice se complace en alentar como a "cooperadores de Dios en el mundo" a aquellos que por medio de las instituciones, del ejercicio del poder en sus manos, luchan contra la Subversión y sostienen el orden natural y divino. El Papa aprueba que estos "que sostienen una lucha que se les impone injustamente consideren también como una cruzada" la defensa "de los valores absolutos del hombre y de la sociedad". Cruzada en favor del orden en el mundo para el mayor bien de los hombres. Cruzada en pro de la Civilización, de la que puede unir a los hombres y por medio de la cual la humanidad podrá encontrar su unidad, la Civilización Cristiana que "llama Caridad al sacrificio ofrecido a Dios para establecer su reino", el respeto de su Orden.

Con Usted y con tantos otros camaradas, llevaremos adelante esta cruzada: "Combatiremos por Dios, contra sus enemigos, pero también contra nosotros mismos"

Su camarada de armas.

(15) Discurso del 18 de noviembre de 1956.